

Tanatología

La muerte en la vejez

Lic. Omar Olvera Cervantes

*Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!*

La muerte como acontecimiento es siempre algo íntimo, personal y singular. Cada acontecimiento es único en sí mismo y en muchos casos será una consecuencia normal de la vida.

Morir implica también que aparezcan situaciones más complejas según haya sido la **forma en la que la muerte aconteció**. No es lo mismo la muerte como consecuencia de un accidente, consecuencia de alguna enfermedad terminal, o el caso de un suicidio, una sobredosis, una desaparición o secuestro: la experiencia de la pérdida y el proceso de duelo será diferente, estará marcado por el apego, el conjunto de significados que bordean la relación y la forma en la que aconteció.

Sólo como ejemplo: **morir no es igual** para un hombre de veinte años, después de una breve enfermedad, que, para uno de noventa, con diabetes o cáncer, con molestias sistémicas y los achaques de la edad y dolores crónicos. El de veinte tendrá todo un conjunto de expectativas por cumplir; a pesar de haber tenido dolencias a veces insoportables sostenía la esperanza de recuperación, deseaba cumplir su planes y proyectos. El de noventa ya ha vivido noventa años, cumplió un ciclo. Si bien es posible que no haya hecho exactamente lo que había proyectado a los veinte, puede decir que vivió bien y que ha tenido una larga vida y plena. Mientras el de veinte pretende soportar y aferrarse a la vida, aunque sea en una condición deficiente, el de noventa ve la próxima muerte como una buena conclusión de una larga vida. Si nos damos cuenta, en el ejemplo ambas experiencias están marcadas por el momento en que la muerte irrumpe, pero las dos experiencias no podrán ser similares nunca.

Entre la angustia y la paz

Para las personas que ven los estragos del desgaste de su ser querido se revela la agobiante aparición de la próxima muerte; esta realidad se erige como una amenaza porque el objeto del afecto desaparecerá. Muchas veces también se sufre no tanto por la posible muerte en sí, sino por la condición que se ve evolucionar en la persona amada; quizás el desgaste sea tan hondo que se suele clamar ya por la muerte como el medio para obtener el descanso, el final del sufrimiento... del dolor.

Muchas veces vemos que el dolor no es provocado por la muerte, sino por **la progresiva decadencia del ser querido**, por la progresiva ruptura de significados y la desaparición del destino de los afectos. La muerte es esa realidad ante la cual no podemos eludirnos, temerle parece ser el verdadero sin sentido.

Como dijimos anteriormente, para la sociedad de hoy, basada en el binomio producción-consumo, la muerte viene a anunciar el final del ciclo de consumo; por este motivo, **se promueve el consumo y se rechaza la muerte**. Quien no tiene juventud ni dinero está sin protección contra lo que más tememos: la muerte. Con intención de apartar lejos de nosotros la debilidad y la muerte, hemos apartado la vida. Porque la

vida humana es frágil, vulnerable, mortal. No existe vida humana sin cierta aceptación de la muerte, sin cierta **familiaridad con ella**.

Al envejecer, sabemos que nos acercamos al final de la vida, porque en nuestra época la muerte se asocia con la vejez. La muerte celular, la muerte de la tersura de la piel, la muerte de la firmeza muscular, la muerte de la agilidad, la muerte de la agudeza de los sentidos (especialmente la vista y el oído), las menopausias metaforizan "**pequeñas muertes**" irreversibles que anuncian, desde el deterioro del cuerpo vivo, el advenimiento inexorable del cuerpo muerto.

Un factor importante generador de angustia ante la muerte tiene que ver con la **conciencia de no haber vivido bien la vida**, de la persistencia de asuntos pendientes. Es difícil aceptar la muerte como realidad próxima cuando la vida no se ha vivido de forma aceptable, cuando las expectativas se consideran no alcanzadas. En este momento cultural hay una evidente ruptura generacional: las personas adultas mayores se enfrentan en una gran medida a la incompreensión y hasta el rechazo. Lo que las personas jóvenes consideran realización personal no coincide con los valores y expectativas de las personas mayores. Esto implica el que no exista una disposición para el acompañamiento del adulto mayor.

Morir como parte del vivir

El proceso "normal" del vivir implica el envejecer. El hombre como ser histórico es capaz de reconocerse en sus diferentes etapas, el paso a la vejez implica hasta cierto punto el dolor del verse envejecer y la angustia ante la amenaza de la próxima muerte.

Actualmente se promueve una vida parcial condicionada por los valores de una **cultura inmanente, pragmática**, arropada por la pretensión de confort y de acceso a bienes y servicios. La vejez se percibe como una amenaza y se busca prolongar con todos los medios al alcance la belleza física, la autonomía... en gran parte es porque no se espera ya nada más.

Laín Entralgo define la enfermedad como un accidente o **una ruptura** en la vida del ser humano que se ve alterada y amenazada en su integridad y en las posibilidades de despliegue de su proyecto. En este sentido, la enfermedad es algo que nos conmueve y nos desplaza de la situación de pretendida normalidad y nos confronta con la posibilidad de dejar de actuar como nos hemos determinado en la vida; ya sea a través de la muerte o con el anuncio de otra forma de existencia diferente a la poseída antes de la aparición de la enfermedad.

Cuando se abandona la expectativa de trascendencia la muerte aparece sólo como amenaza y sin sentido.

Integración de la enfermedad y muerte

En nuestra sociedad y cultura actuales, que denominamos del confort y bienestar, no resulta extraño que la enfermedad y la muerte, que son en sí mismas generadoras de malestar, supongan una amenaza que no se quiere contemplar como posibilidad propia del vivir.

Reducimos al enfermo a los hospitales, las visitas a los espacios disponibles de tiempo y muchas veces la situación de pobreza impide, cuando se tiene la voluntad, el cuidado y

la atención; ya que una familia pensará y evaluará entre dos necesidades: el expresar el cariño y atención a su familiar enfermo y la necesidad de trabajar para sobrellevar la nueva situación.

El difunto también se ve reducido a un espacio que ya no tiene la connotación de sagrado; se celebrará un momento de encuentro social breve. En las zonas rurales, cuando existe la creencia religiosa en la familia y comunidad, se puede tener el ciclo litúrgico tradicional del duelo.

Hay que aceptar y reconocer que **la naturaleza humana no está reducida a lo instaurado e instalado en lo biológico y lo racional**; la naturaleza humana, es más: están presentes otras esferas más globales e integradoras, ligadas a lo intuitivo y a lo afectivo del ser humano, que tienen mucho que ver con la salud.

No nos sorprende que, cuando el ser humano se encuentra amenazado en lo más esencial de sí mismo, se aferre no sólo a su instinto de conservación, sino que aparezcan también algunas preguntas que nos hablan de **la necesidad de supervivencia más allá de la física** y se busque una raíz espiritual que dé sentido a lo que se está viviendo y genere esperanza.

Por eso no se entiende la **tendencia a desapegar lo humano de lo espiritual**, finalmente el aspecto espiritual significa la oportunidad de trascender, es un elemento integrador que al final de la vida permite hacer una síntesis existencial y nos abre a la posibilidad de algo más.

La condición para aceptar la muerte es vivir la propia vida, como sugiere Simmons: “En la medida en que he vivido, puedo permitirme morir”.